

## **Entrevista a José Antonio Pascual, vicedirector de la RAE, realizada con motivo de la presentación de *Medicina en español*.**

26 de mayo de 2015

### **- En su opinión, ¿Qué papel debe desempeñar el español como lengua de la ciencia?**

Es este un asunto del que realmente me he ocupado muy poco. No me siento, pues, capaz de imaginar el papel que pueda desempeñar el español en esto. Aunque tengo muy claro que ese papel depende muy poco de nosotros, los filólogos, pues es la consecuencia del desarrollo científico que experimenten los países de habla española. El camino no es, a mi juicio, tratar de imponer el español como lengua de la ciencia a base de querer convencernos de lo hermoso que es y de lo bien que le va, en lugar de apoyar decididamente el trabajo científico en los países de habla española.

De momento el problema es cómo conciliar los deseos lícitos de los investigadores que quieran escribir en español, pero que se ven obligados a hacerlo en inglés. La razón de esto último es que su evaluación se hace tomando en consideración el número de veces que son citados, para lo que han de ser conocidos; lo que implica escribir en inglés. Aunque no estaría de más no tratar de desterrar del horizonte científico —como se está propiciando en nuestro país— el uso de nuestras lenguas, sobre todo en ámbitos como la filología del español, del catalán, del gallego o del euskera (y en muchos otros ámbitos), para lo que debería hacerse una evaluación cualitativa de los trabajos.

El hecho es que, lo reconozcamos o no, vamos camino de que se imponga el inglés como *lingua franca* para la expresión del pensamiento científico. Pero hemos de pensar que hasta el momento en que el investigador escribe su *paper* en inglés, ha desarrollado su trabajo en su propia lengua. Lo explicaba hace mucho el físico Bernard Levy-Leblond: el pensamiento científico es mucho más que dar cuenta de los resultados de la investigación en un artículo, pues las relaciones entre los investigadores (durante el trabajo, cuando se plantean los problemas, se enfrentan con ellos y los discuten, o se da marcha atrás y se vuelve sobre ellos) se hacen en su propia lengua, antes de exponer en inglés sus resultados. Esa lengua en que se suceden todas estas acciones es, en nuestro caso, el español (y el catalán, el gallego y el euskera); aunque tengo entendido que hay centros de investigación en nuestro país en los que la lengua de relación entre los investigadores es el inglés, dada la distinta procedencia de todos ellos y hasta la necesidad de disponer de una lengua en la que la terminología no presente los equívocos que pueda tener las distintas traducciones que se hace a otras lenguas.

De todas formas no se puede olvidar que los razonamientos que hemos de hacer los hispanohablantes en los distintos campos de investigación requieren conocer a fondo nuestra lengua, en la que se piensa, se razona, se argumenta.

- **Ciencia es una área muy tendente a usar anglicismos, ¿por qué ocurre esto? / ¿Se puede evitar? ¿Cómo?**

Sí, hay una clara tendencia a servirse de anglicismos, como en el pasado ocurrió con los galicismos y antes con los latinismos. Eso en muchos casos es imprescindible y beneficioso para nuestra lengua, que puede disponer de una capa terminológica común con muchas otras; lo que indudablemente facilita la comunicación científica. Los excesos en la incorporación de anglicismos en la terminología científica son perversos, pero también lo son los excesos en sentido contrario.

Yo me pregunto a menudo ¿qué hemos logrado en España adoptando el neologismo *ordenador*, para evitar el inglés *computer*? Al menos algo tan absurdo como no poder relacionar por vía morfológica *ordenador* con *computacional*, *computerizar*, etc.

- **Comenta Ud. en una entrevista que “No es la equivocación el mayor peligro para nuestra lengua, sino la persistencia en ella”. ¿Puede profundizar en este concepto?**

Esta afirmación no se refería al lenguaje científico, sino al uso normal de la lengua. Al hablar o al escribir uno puede equivocadamente emplear *preveer*, en lugar de *prever* (que es un error propiciado por un cierto desorden de una lengua en la que junto a *ver* y *prever*, existen *proveer* y *veedor*), o no saber cómo se escribe *alzheimer* o emplear *bimensual* con el significado de ‘cada dos meses’, en lugar de ‘dos veces al mes’, que es lo que le corresponde. No hay nadie que tenga en su cabeza las noventa y tantas mil palabras del diccionario académico y los usos que ampara. De ahí que todos estemos expuestos a la equivocación. Y me escandalizo de los que se escandalizan porque esto pueda ocurrir. Pero lo grave no es equivocarse, sino el desinterés por haberse equivocado y que no importe seguir haciéndolo, es decir, persistir en la equivocación, sobre todo en personas que se están formando.

- **¿Cómo pueden los científicos y médicos ayudar en la difusión del español como lengua de la ciencia?**

Se puede ayudar entendiendo que se ha de facilitar la comprensión de sus conocimientos; es lo que se conoce como divulgación científica. Es ese un camino importantísimo que hemos de recorrer todos, pues de él depende una comunicación saludable entre los profesionales y los que no lo son. Y esta comunicación es muy importante en una actuación como la del médico, en la que lo fundamental es saber hacer las preguntas adecuadas a quien acude a él, pero también entender las respuestas que se le dan. No se trata de convertir al enfermo en profesional de la medicina, sino de proporcionarle —lo digo con palabras de Bernardo Atxaga— “una cierta idea sobre estrellas lejanas / o planetas que se columpian / en los alambres de los libros de divulgación”. Aunque solo sea para que el enfermo se de cuenta de que no ha de acudir a internet pensando que va a

encontrar allí lo que solo el médico puede explicarle adecuadamente.

- **Siempre se dice que “Ciencias” y “Letras” son dos mundos separados, ¿Qué opina usted?**

Se trata de cosas distintas –mundos separados, por tanto--, pero imprescindibles uno y otro: ambos surgieron de la necesidad de buscar la comprensión de la realidad a través del razonamiento, evitando la seguridad que da el dogma.

Ocurre que sus modelos de trabajo son enteramente distintos. Recientemente leía un artículo de un excelente historiador del derecho, Benjamín González Alonso, que decía claramente que para él el conocimiento histórico no es conocimiento científico. Coincido con él en este juicio y en que ello no impide que en esto y, en general, en el dominio de las humanidades (al que, por cierto, no pertenecen todas las disciplinas que se piensa que han de ser incluidas en ellas), se actúe con una serie de requisitos, que no voy a detallar aquí, que origina que estas disciplinas interpreten con un gran rigor los hechos que estudian.